

parámetros cronológicos y transnacionales, ya que examina instancias de transculturación desde la Conquista hasta la época contemporánea, desde el Perú hasta el suroeste norteamericano y chicano. De mayor importancia es el hecho de que Spitta abre las puertas a comparaciones fructíferas y de gran potencial para la crítica cultural y para los estudios postcoloniales. El transculturado Cabeza de Vaca se sugiere como prototipo del sujeto de los “borderlands” que teoriza Anzaldúa; la entidad de los “latinos estadounidenses”, la cual se ha utilizado monolíticamente, también se cuestiona en el análisis crítico y minucioso de la posición de los críticos cubano-americanos en contraste con la hibridez “oposicional” chicana; y, finalmente, la obra de Arguedas propone importantísimas analogías y diferencias con los sujetos chicano y nuyoricano en Estados Unidos, particularmente en cuanto a la expresión literaria de vivir en *nepantla*, la angustia y el impacto afectivo que tiene ese ser y estar y ser entre dos culturas, entre dos aguas, tema que hoy día surge de manera central en los estudios poscoloniales chicanos y latinos. Por ello *Between Two Waters* es una gran contribución a los estudios poscolonialistas y una obra clave para aquellos de nosotros que intentamos establecer un nuevo espacio geocultural llamado las “Américas”.

Frances R. Aparicio

The University of Michigan, Ann Arbor

Ingrid Galster: *Aguirre oder die Willkur der Nachwelt. Die Rebellion des baskischen Konquistadors Lope de Aguirre in Historiographie und Geschichtsfiktion (1561-1992)*. Frankfurt am Main. Vervuert Verlag. 1996.

Lope de Aguirre o la arbitrariedad de la posteridad. La rebelión del conquistador vasco Lope de Aguirre en la historiografía y en la ficción histórica revisa el material histórico y literario

existente referido a Aguirre, desde los documentos escritos por testigos oculares de su rebelión ocurrida en 1561 hasta su reelaboración propiciada por el V Centenario del descubrimiento de América. El estudio tiene una introducción donde se exponen los criterios teóricos; una reconstrucción histórico-hermenéutica de los acontecimientos históricos y una historia de la recepción de éstos compuesta de tres largos acápites: la época colonial, el siglo XIX y el siglo XX. La meta del trabajo es presentar y explicar las diferentes interpretaciones de la rebelión y de la persona de Aguirre en su contexto histórico y evaluar las posibles funciones y los efectos de estas interpretaciones a partir de su contexto (p. 9). Estas presentan a Aguirre como “loco”, “demonio” o “libertador”, “caudillo”, “dictador”, “encarnación de la esencia española”, “comunero”, “rojo”, “bolchevique”, “anarquista”, “representante de una utopía regresiva”, como un equivalente del padre Las Casas o como su opuesto.

Galster señala —es uno de los méritos de este estudio— que es el primer trabajo que recoge todos los textos respectivos. Estos son “históricos” y “literarios”. Este primer hecho presenta un problema teórico: la división entre textos “pragmáticos” y “fccionales” no pasa por la división entre textos que transmiten la verdad y textos que la distorsionan. Galster revisa las teorías que llaman la atención sobre el carácter ficcional de la historiografía (White, Danto, Derrida y Lyotard), reconoce sus aportes, por lo tanto no cae en la ilusión de la neutralidad del historiador de la recepción, pero opina sin embargo que una revisión crítica de las fuentes, una crítica del uso de ellas por los textos ayudada de los conocimientos aportados por la investigación histórica, así como la amplia contextualización de los textos debe permitir dar un paso adelante en relación a los estudios existentes sobre Aguirre. Como todos los textos del *corpus* son considerados literatura primaria, Galster dedica un segundo apartado a reconstruir histórico-hermenéuticamente los acontecimientos.

Presenta las fuentes y construye a partir de ellas un núcleo mínimo (origen, vida, la expedición de Ursúa donde Aguirre participa, y su rebelión). En la operación siguiente la autora explica estos hechos y da una hipótesis: segundón procedente de Oñate, vizcaíno levantisco, fiel a la corona hasta las Nuevas Leyes que frustran a los españoles sin repartimiento y sin indios, víctima y victimario, explotado y explotador.

El tercer apartado (pp. 84-824) revisa los textos propiamente dichos divididos en tres épocas. Las variables de análisis preguntan por: identidad del cronista o escritor, su imagen del mundo, sus modelos de escritura, los destinatarios de sus obras, las estrategias empleadas, sus intereses (p. 5 y p. 248). Ellas presentan la repercusión de los textos en su contexto, los comentarios, reseñas y discusiones que ellos provocan. Galster habla de reconstruir el comunicativo. Aquí hay que señalar otro de los méritos de este aplicado estudio.

El análisis de los textos sobre Aguirre de la época colonial muestra el procedimiento seguido. Ya que el destinatario era oficial, la posición que se toma frente a Aguirre y la rebelión está marcada por este destinatario. Los testigos oculares (p. e. Vázquez, que es objeto de un análisis ejemplar de parte de la autora) escriben para justificarse, conseguir una retribución pecuniaria y no ser identificados con Aguirre. Maniqueamente son ellos los buenos mientras que Aguirre recibe los epítetos de loco, hereje, endemoniado o hechicero. La idea de que la historia debe enseñar subyace a estos escritos. Las crónicas de contemporáneos que no participaron en los acontecimientos obedecen, sin embargo, a otros criterios y a otros intereses. Clérigos o funcionarios atemorizados por la rebelión deshistorizan la figura de Aguirre describiéndola como encarnación del mal. Otros ven en él y su historia —los valores estéticos reemplazan a los históricos— la posibilidad de desarrollar un tema literario según la épica del momento o la moda petrarquista para alcanzar reconocimiento y fama (p. e.

Castellanos y Ortiguera). Los letrados del siglo XVII y XVIII refuncionalizan también la figura de Aguirre según su posición: los cronistas clérigos buscan legitimarse frente a los cronistas funcionarios, el mestizo proyecta sobre Aguirre su odio contra los españoles, el criollo hace alarde nobiliario y de dominio del lenguaje para reafirmar el poder de su casta. Un capítulo sobre autores que de manera rápida se ocupan de Aguirre confirma estas tesis y concluye que el prusiano Alexander von Humboldt y el inglés Robert Southey adelantan lo que será la recepción posterior mostrando un atisbo puntual de empatía frente al anticlericalismo del conquistador vasco.

En el siglo XIX no cambia esta percepción negativa de Aguirre (lo que a voces impacienta a la autora que participa de esa empatía). El acápite está estructurado por países: Venezuela, Colombia y Perú. Aguirre es puesto en juego dentro de las polémicas actuales en el orden político. La tesis: los criollos no podían identificarse con españoles ni indios, por ello separaron entre buenos y malos españoles, representando Aguirre, como chivo expiatorio, al prototipo del conquistador cruel. Pero hay dos excepciones en este período: el drama nacional *El Tirano Aguirre* del venezolano Adolfo Briceño Picón (1872) que presenta, dentro de los parámetros románticos europeos y del contexto liberal y anticlerical del guzmancismo, a un Aguirre internamente dividido y no unidimensional (Galster duda de si este cambio tuvo la intención de revisar la historia o sólo el resultado casual del empleo de formas románticas europeas y desperdicia la oportunidad de presentar diferenciadamente la recepción del romanticismo en este país) y el poema dramático *Aguirre* (1891) del liberal colombiano Carlos Arturo Torres que muestra a Aguirre precursor de Bolívar y libertador (según la autora no es una revisión histórica, sino una refuncionalización dentro de la polémica contra los conservadores católicos). El modo de acercarse a los autores desde sus biografías alcanza visos psicologizantes —a

veces discutibles— como cuando trata el texto de Ricardo Palma sobre Aguirre. Galster explica que el liberal Palma sufría en tanto mulato de un complejo de inferioridad y poseía un pronunciado deseo de reconocimiento; su búsqueda de tipicidad apuntaba a dicha aceptación y no iba a arriesgar el éxito dando una imagen de Aguirre contra la corriente: “una vez más se sacrifica la exigencia de la persona histórica Aguirre, de una representación desinteresada de su realidad a la búsqueda de éxito personal” (p. 334). La revisión del siglo XIX termina con una mirada a Europa y Estados Unidos. El hispanófilo alemán Johannes Fastenrath adelanta la “rehabilitación” suministrando la interpretación de Torres —Aguirre como precursor— al vasco Ispizúa.

El último acápite está dedicado al siglo XX (pp. 344-824). La película del alemán Werner Herzog corta en los años ‘70 la recepción en un antes y un después. En el “antes” encontramos un brevísimo capítulo sobre la generación del ‘98 que insinúa la posterior rehabilitación de Aguirre hecha por el vasco Ispizúa en 1918; otro capítulo dedicado a esta rehabilitación (cuyo trasfondo es la ofensa al pueblo vasco hecha por los españoles) y a su réplica realizada por Emiliano Jos en 1927 preocupado por desmontar la leyenda negra (su tesis de la locura de Aguirre); otro capítulo sobre la fortuna de ambas tesis —libertador o loco— en Latinoamérica dividido por países que revise versiones historiográficas, psicoanalíticas y literarias. Galster las resume: contra Aguirre y por España (no leyenda negra, sí locura), por Aguirre y por España (individualismo español, espíritu de “comunero”), contra Aguirre y contra España (la colonia tiempo del despotismo y Aguirre representa el caudillismo), por Aguirre y contra España (Aguirre se levanta contra España y el régimen colonial).

Hablando sobre la lectura marxista del peruano Emilio Choy incurre la autora, sin embargo, en varios errores creando un apócrifo Carlos María Mariátegui que fue según sus informaciones (el libro de Fredrich B. Pike,

The Modern History of Peru, 1967) una de las figuras dirigentes del APRA. La positiva interpretación de Aguirre como partidario de los encomenderos hecha por Choy es contextualizada por Galster dentro de la línea política que Mariátegui y el APRA habrían representado, ignora sin embargo la importante discusión de la época sobre la fracasada constitución de una burguesía nacional en el Perú que subyace a la interpretación de Choy. En el capítulo siguiente (Aguirre en la España franquista, en la España exiliada y entre los vascos) la autora explica que para los falangistas es el “rojo”, mientras que los exiliados lo ven como representante del caudillismo y la dictadura, y los vascos lo ganan para su causa. Dentro de ellos Elías Amézaga representa —según la autora hijo único de padres ricos que se financia su propia compañía de teatro— el caso más extremo de rehabilitación con *Yo, demonio* aparecido en vísperas del surgimiento de ETA y que hace de Aguirre no sólo precursor de la independencia de América, sino liberador de indios y negros.

Para la autora la película de Werner Herzog (1972) marca la internacionalización de Aguirre y adelanta lo que será, según sus palabras, la conciencia histórica de una “nueva vanguardia” que ella juzga negativamente. La película está llena de incorrecciones históricas y trabaja al personaje como un prototipo, dándole valores metafísicos absolutos. Su positiva recepción por la “nueva vanguardia parisina”, que lee la película bajo el código de Nietzsche y la crítica de la razón, lanza el tema a su divulgación internacional. La crítica de esta “vanguardia” no oculta el galocentrismo cultural de la autora que escribe que “el mundo occidental espera estética e intelectualmente de Francia impulsos innovadores” (p. 659) ni su simpatía por la película. En el capítulo sobre el “boom” de Aguirre en los años ‘70 y ‘80 pasa Galster revista a las novelas de Miguel Otero Silva, Félix Alvarez Sáenz y Abel Posse. El primero hace de Aguirre un precursor de los “rojos” indigenistas, un nuevo Las

Casas. Como representante del *homme de lettres* latinoamericano—un concepto que quiere ver con Bourdieu y que para la autora justifica la contextualización biográfica practicada—, Otero Silva resulta blanco de la animosidad y de la actitud moralizante de la autora que opina que sus novelas, en su función denunciatoria, no tendrían otra función que afinar el prestigio social y la fama política del autor. Alvarez Sáenz presenta a Aguirre como liberador y tematizaría el problema de la violencia y posibilidad revolucionaria en relación con la aparición de Sendero Luminoso, en un momento en que la mayor parte de intelectuales latinoamericanos empezaba a compartir en los años '60 el creciente cansancio de las utopías “difundido en París” (p. 713). A este grupo de intelectuales pertenece, según la autora, Abel Posse con su novela *Daimón*. Galster menciona que esta novela sigue a pie juntillas los planteamientos de Julia Kristeva sobre la intertextualidad y Gérard Genette sobre el palimpsesto: Posse “pervierte [!] en su novela no sólo forma y contenidos culturales. El texto es también postmoderno en su modo de expresión global” (p. 733). Este capítulo sobre los años '70 y '80 concluye con una revisión de piezas teatrales de autores vascos, el análisis de una serie de “comics” sobre Aguirre—que se lee con mucho placer— y las reelaboraciones del tema como preparación para la celebración del V Centenario del descubrimiento de América (la película de Carlos Saura es tratada con especial animadversión). Galster resume sus tesis para el *corpus* del siglo XX: a partir de los años '70 desaparece el antagonismo dominante entre posiciones progresistas pro-Aguirre y conservadoras anti-Aguirre, para dar lugar a una nueva donde un polo lo representa la posición progresista—según ella ahora considerada obsoleta y con la que sin embargo se identifica— y otro polo que pone en escena sólo estéticamente el tema en cuestión. Esta oposición sería la existente entre los textos discursivos y conceptuales y el mundo de los medios audio-visuales.

El lector de este extenso y valioso estudio no puede dejar de notar, sin embargo, que el estilo empleado a veces resulta magisterial, moralizante, animoso y que conforme nos vamos acercando a la actualidad, la distancia entre la autora y su tema se va acortando: antipáticos le son los “falangistas” [?] Torres Ballester y Antonio Tovar, los hijos de familias ricas como Elías Amézaga, Usilar Pietri, Otero Silva, los escritores de orientación “postmoderna”, la película de Carlos Saura; simpáticos, Rosa Arciniegas, el vasco Ispizcúa y el alemán Herzog. La frecuente acentuación de los aspectos biográficos y psicológicos (búsqueda de éxito y reconocimiento público, de ascenso social y figuración política) no enriquece siempre esa deseada reconstrucción comunicativa y descubre un pesimismo antropológico. Se hubiera deseado, por otra parte, en el caso de Castellanos (el Inca Garcilaso de la Vega y Pedro Peralta y Barnuevo) que la autora se preguntase por el horizonte de expectativas en que se recibe el petrarquismo. Lo mismo podría decirse de la recepción del romanticismo en el venezolano Briceño Picón y en el colombiano Torres que queda como uno de los puntos interesantes a investigar. Esto podría valer también para los procesos de recepción de la “nueva vanguardia parisina” o del “postmodernismo” estigmatizado por Galster (en autores como Abel Posse). Hubiera resultado interesante, por lo demás, que la autora hubiera aplicado sus divisiones internas de la recepción (primer gran corte con Briceño Picón y Torres al final del siglo XIX y segundo corte con la película de Werner Herzog) a la periodización empleada que es convencional. En las conclusiones escribe Galster no sin cierta melancolía que a su trabajo también se le puede decir que el plantemiento de base no hace aparecer los resultados como impredecibles y que la comparación de las suposiciones iniciales con los resultados muestra pocas sorpresas (p. 842). Haciéndose eco de los planteamientos de White se pregunta por las decisiones precognitivas que deben subyacer a su trabajo. La palabra

“pervertir” referida a la reelaboración de Abel Posse y el pesimismo antropológico señalado descubren un *plot* trágico subyaciendo a esta presentación de la historia de la recepción de Aguirre, donde los autores no buscan sino su beneficio personal muchas veces mezquino y las posibilidades de “esclarecimiento” discursivo están cada vez más lejanas.

Pero estos puntos críticos no logran apañar los abundantes y abrumadores méritos de este estudio que es un enorme aporte, en muchos sentidos, a la crítica y a la historia de la literatura latinoamericana y española, pero también a la ciencia que se ocupa de revisar los principios y métodos con los que precede la historiografía. Como primer trabajo extenso y exhaustivo sobre la recepción de Aguirre desde el siglo XVI hasta la actualidad, este estudio resulta insoslayable e imprescindible desde cualquier punto de vista. La abundancia de información y su presentación ordenada y articulada a su contexto salva el peligro que la propia autora reconocía de ser sólo un inventario. Como toda historia, ésta presenta también una perspectiva. Esta historia permite y permitirá reflexionar, con ayuda de otros estudios similares, sobre problemas de periodización, regionalización e internacionalización. Hacemos votos pues para que una traducción al español pueda poner pronto al alcance del público hispanohablante —su verdadero y natural destinatario— este estudio aplicado y comprensivo de la hispanista y romanista alemana.

José Morales Saravia
Catholische Universität Eichstätt

Márquez Ismael P. (y) César Ferreira (édits.). *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996.

La notable obra literaria de Julio Ramón Ribeyro ha recibido en los últimos años el reconocimiento y valora-

ción que siempre mereció. Prueba de ello fueron el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe que le fuera otorgado en 1994 (lamentablemente Ribeyro murió pocos días antes de recibirlo), y el simposio sobre su creación literaria que organizó la Casa de América en Madrid. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*, trabajo recientemente editado por los investigadores Ismael Márquez y César Ferreira, es una significativa contribución a este a justo homenaje. Asimismo, este libro, tanto por la globalidad de asuntos y géneros tratados como por la diversidad de perspectivas teórico-metodológicas que se emplean, se convierte en un valioso instrumento que permite conocer con mayor profundidad la producción literaria de Julio Ramón Ribeyro.

En efecto, *Asedios...* se organiza con el propósito de conocer toda la obra de Ribeyro y desde todos los ángulos posibles (virtud no siempre común en los críticos ya que muchos prefieren limitarse a las teorías que conocen y admiran soslayando otras visiones). Esta voluntad hacia la globalidad y lo diverso hace que el libro esté compuesto por textos del propio Ribeyro, artículos de crítica ya publicados así como inéditos, entrevistas, ponencias presentadas en diferentes congresos literarios, y textos periodísticos que desde las limitaciones de la inmediatez y la brevedad propias del género ofrecen sus aportes.

Tal diversidad de material se estructura básicamente en tres partes: 1) los textos de Ribeyro, 2) las visiones generales sobre su obra y 3) las secciones dedicadas a cada uno de los géneros que Ribeyro cultivó. La primera sección incluye un fragmento de novela (“El abominable”), una carta, reflexiones sobre géneros literarios (cuento, novela, diario), y dos breves trabajos de carácter autobiográfico. De todos ellos y con el riesgo de ser injusto, me parece que sus planteamientos sobre la novela son de una notable claridad. No sólo revela un amplio conocimiento de la tradición novelística, sino que señala las alternativas posibles que se barajan al construir un texto de esta naturaleza. En este sentido, Ribeyro